

Territorios 29 / Bogotá, 2013, pp. 57-75
ISSN: 0123-8418
ISSNe: 2215-7484

La vigencia de Henri Lefebvre en la investigación socio-territorial

Arquitectura urbana y comportamiento humano: aproximación a las teorías de Henri Lefebvre y otros autores para el análisis del proceso de urbanización en Suba, Bogotá*

Urban architecture and human behavior: An approach to the theories of Henri Lefebvre and others authors to analyze the urbanization process in Suba, Bogotá

Arquitetura urbana e comportamento humano: uma abordagem para as teorias de Henri Lefebvre e outros, para analisar o processo de urbanização em Suba, Bogotá

Nicolás González Rojas**

Recibido: junio 28 de 2013
Aprobado: septiembre 16 de 2013

Para citar este artículo:

González Rojas, N. (2013). Arquitectura urbana y comportamiento humano: aproximación a las teorías de Henri Lefebvre y otros autores para el análisis del proceso de urbanización en Suba (Bogotá). *Territorios*, 29, pp. 57-75.

* Artículo resultante de tesis de grado de la Pontificia Universidad Javeriana.

** Sociólogo con énfasis en Sociología Procesual de la Pontificia Universidad Javeriana, sede Bogotá.

sección temática

Palabras clave

Proceso de urbanización, memoria colectiva, Suba, espacio rural, espacio urbano.

Keywords

Urbanization, collective memory, Suba, rural space, urban space.

Palavras-chave

Processo de urbanização, Memória Coletiva, Suba, Espaço Rural, Espaço Urbano.

RESUMEN

La idea nace de un proyecto de investigación científica más amplio, cuyo eje central es el proceso de urbanización en la localidad de Suba (Bogotá, D. C.) y la manera como se tejen las relaciones sociales entre los primeros habitantes que han vivido esta transformación. Esta es una aproximación teórica y empírica de cómo podría tratarse este fenómeno social, en el que Suba se convierte en un territorio que pasa de tener una población pequeña y rural a una población grande y vinculada con la vida de la ciudad.

ABSTRACT

There has been scientific research focusing specifically on the process of urbanization in Suba, a suburb located in Bogota, Colombia. The prime objective of this research was to investigate the ways in which social relations are interwoven among the first inhabitants who have lived through this urbanization process with the current population. This data was obtained utilizing a theoretical and empirical approach to explain how this phenomenon could have social impact, where Suba has a social duality; a small population linked to its past, meshed with its large rural population so accustomed to city life.

RESUMO

A ideia nasce concretamente de um projeto de pesquisa científica mais amplo, cujo eixo central é o processo de urbanização na localidade de Suba (Bogotá, D. C.) e a forma na qual se tecem as relações sociais entre os primeiros habitantes que têm vivido esta transformação. Esta é uma aproximação teórica e empírica de como poderia se tratar este fenômeno social, onde Suba converte-se em um território que passa de ter uma população pequena e rural a uma população grande e vinculada à vida da cidade.

Introducción

Suba, como muchas de las localidades que existen en Bogotá, empezó su proceso de urbanización en la ciudad desde la década del cincuenta. Sin embargo, el crecimiento poblacional más fuerte se vivió a partir de la década del setenta hasta inicios de la década del noventa. Según el censo de 1985 del DANE, el aumento de la población en Bogotá va de 2.855.065 en 1973 a 4.236.49 en 1985, lo que hace pensar que una gran cantidad de personas empezó a poblar aquellas zonas que no estaban ocupadas, de una manera muy rápida.

Suba era un pueblo que mantenía relaciones de producción y de comunicación con Bogotá; no obstante, cuando comienza a transformarse y a crecer poblacionalmente, se convierte en una de las localidades más grandes de la ciudad, tras un fenómeno social que podemos llamar proceso de urbanización. De esta manera, Suba puede verse como una localidad que se une al crecimiento poblacional de Bogotá a partir de la década del cincuenta, que trae consigo una serie de efectos sociales que merecen investigación y que hacen que la vida en Suba gire en torno al cambio de los espacios rurales a sectores urbanos.

En palabras de Simmel:

Con el cruce de cada calle, con el ritmo y con la diversidad de las esferas económica, ocupacional y social, la ciudad logra un profundo contraste con la vida aldeana rural, por lo que se refiere a los estímulos sensoriales de la vida síquica (Simmel, 1903, p. 48).

Suba afronta su propio proceso de urbanización, al pasar de un tipo de socialización rural comunitaria a uno mucho más individual, que afecta el comportamiento de las personas, los lugares que frecuentan y la manera de actuar en el espacio público, entre otros fenómenos que este trabajo se encargará de rastrear y explicar.

Este proceso de urbanización en Suba y su vinculación con la ciudad se hizo en un período bastante corto. Puede pensarse empezó en 1954, cuando se convirtió en un municipio anexo a Bogotá. Sin embargo, es a finales de la década del sesenta y hasta inicios de los noventa que Suba comienza a construirse con rapidez. Esta dinámica continúa y se sigue edificando hasta la actualidad, lo cual hace que aquellas personas que vivían en Suba desde sus inicios se vinculen con las distintas dinámicas que presenta la vida en la ciudad, muy diferentes de las que vivían en el pueblo. El resultado en la población puede verse en los cambios de los comportamientos sociales y en que la interacción con las personas nuevas que llegan a Suba se vuelve mucho más compleja, además de otros elementos que se explican en este trabajo. Para interpretar dicho proceso, parafraseando a Simmel, la configuración de la metrópoli hace que las relaciones sociales se vuelvan mucho más complejas e individuales.

Para comprender este cambio en la sociedad de Suba, hay que verlo como un proceso social y, de esta manera, podremos dar cuenta de cómo se ha venido transformando la población, a partir de la urbanización y el crecimiento de la ciudad

de Bogotá y su influencia en lo histórico, lo individual y lo social de sus habitantes; en otras palabras, se pretende hacer un análisis basado en lo individual, social e histórico para interpretar una dinámica social, determinar cómo es este proceso de urbanización y conocer su influencia en el comportamiento de algunos habitantes.

Suba se ha transformado hasta nuestros días. Las personas han cambiado su manera de vestir, los lugares que frecuentan, su comportamiento y su relación con las demás personas que viven en la localidad. Desde aquí se parte para explicar de qué manera la urbanización, los planes que se han tenido para anexar a Suba y otras localidades a la ciudad y las migraciones producidas por la violencia o la búsqueda de oportunidades laborales, hicieron que Suba y su población sufrieran alteraciones.

Para rastrear el proceso de urbanización de Suba y su influencia en la población es necesario descubrir los comportamientos de sus primeros pobladores y cómo se ha modificado su cotidianidad a lo largo de los años. El registro histórico que deja la memoria en los seres humanos es la clave para entender la manera en que puede estudiarse este fenómeno social, pues los primeros pobladores y sus dinámicas sociales son factores distintos a las dinámicas actuales en toda la población.

Breve descripción histórica del proceso de urbanización en Suba

La historia de Suba empieza desde momentos previos a la colonización: “La localidad de Suba, desde sus inicios, fue un resguardo indígena Muisca, de donde probablemente viene su nombre *Zhuba* que significa ‘mi rostro’ o ‘mi grano’ haciendo referencia a la quinua” (Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría Distrital de Planeación, 2009). La comunidad muisca escogió este terreno debido a su gran riqueza de tierra y de las grandes fuentes de agua, como los humedales. La población se ubicó alrededor de lo que en la actualidad son las Unidades de Planeamiento Zonal (UPZ) como Tibabuyes, El Rincón o Suba Centro, donde hoy encontramos apellidos raizales (Caita, Piracún, Cabiativa, Yopasá y Niviayo, entre otros), que constituyen el rasgo importante de la herencia muisca en la localidad.

Según la reconstrucción histórica realizada por la Secretaría de Planeación Distrital en Suba:

[...] posterior a la llegada de los españoles, se inicia un período lento de poblamiento hasta bien entrado el siglo XX. Suba se caracteriza en ese entonces por ser un pequeño centro urbano colonial, comunicado por estrechos caminos de herradura con Bogotá y los municipios de Cota, Chía, Engativá y Usaquén (Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría Distrital de Planeación, 2009).

Esto hace pensar que Suba no tenía una vinculación directa con Bogotá, sino que se planteaba una relación con un pueblo pequeño, al cual se tenía acceso moderado debido que se ubicaba en una de las zonas sabaneras de Bogotá.

A partir de 1875 Suba se conformó como municipio. En 1936, en un estudio sobre el entonces municipio, la Comisión del Censo Agropecuario lo dividió de la siguiente manera: El Rincón, Tuna, Casablanca, Tibabuyes, Cerro Sur, Cerro Centro, Conejera, El Prado y Centro (Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría Distrital de Planeación, 2009). Desde ese momento, Suba se configuró como un municipio de Cundinamarca y entró a ser parte de las dinámicas de la ciudad, a manera de periferia.

En 1954, por la Ordenanza 7 del 15 de diciembre (Consejo Administrativo de Cundinamarca, 1954), Suba se constituyó como municipio anexo a la capital de la República. Después de esta fecha, la Empresa Distrital de Servicios Públicos (EDIS) trasladó la plaza de mercado a un terreno sobre la vía a Cota —donde ahora funcionan las estaciones de Policía y de bomberos— e inició un gran fenómeno de migración de personas de varias partes del país. Muchas de las fincas ubicadas alrededor de Suba fueron vendidas a empresas constructoras (algunas de las cuales eran “piratas”), lo que generó un crecimiento urbano acelerado y desordenado (no planificado, en muchas ocasiones). “Como consecuencia, aparecieron nuevas y apremiantes necesidades locales en lo concerniente a servicios

públicos, educación, salud, recreación, etcétera. Tal situación, en líneas generales, fue tal vez el incentivo primario para la conformación de numerosos grupos de animación sociocultural” (Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría Distrital de Planeación, 2009). A partir de ese momento, la población de Suba empezó su proceso de urbanización.

Uno de los primeros cambios que tuvo el nuevo municipio anexo a la capital fue la construcción del Hospital San Pedro Claver y el Colegio Policarpa Salavarrieta:

En 1955, la señora Herminia Rojas, Viuda de Nieto, donó un lote de una fanegada para la construcción de un hospital, predio que recibió el Alcalde Mayor de ese entonces, doctor Andrés Rodríguez Gómez, el 28 de marzo de 1961, y con la construcción y dotación producto de donaciones, se fundaron instituciones como el hospital vecinal de Suba San Pedro Claver y el colegio vecinal de Suba Policarpa Salavarrieta (Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría Distrital de Planeación, 2009).

En la actualidad, Suba tiene una extensión total de 10.056 hectáreas, de las cuales 6.271 se clasifican como suelo urbano y 3.785 corresponden a suelo rural; dentro de ellas se localizan 1.469 de suelo protegido. Suba es la localidad con mayor área urbana del distrito, por cuanto representa un 15,2% de la superficie urbana total del mismo. Se compone de doce UPZ divididas en muchos barrios como Ciudad Hunza, Aures, La Gaitana o Las Navetas,

que eran veredas y se convirtieron en zonas urbanizadas por completo.

Después de una pequeña descripción general acerca del proceso de urbanización en Suba, es momento de mostrar cómo ha influenciado en la cotidianidad y en la interacción de sus habitantes, con base en la recopilación de los testimonios de algunos de sus primeros pobladores —hombres y mujeres que lleven, como mínimo, cuarenta años viviendo en la localidad—, en la observación participante y en charlas informales con personas que ayudaron a reconstruir este proceso.

El estudio de las generaciones da cuenta de que, por medio del recuerdo, las personas viven y tienen una mirada frente a la urbanización en su territorio, por lo que se desea caracterizar las transformaciones de Suba de acuerdo con quienes participaron de ellas. Se excluye a personas de clase alta, debido a que ellos no interactúan con las personas que construyen los barrios, viven en lugares apartados de la localidad y no tienen relación con los pobladores antiguos. Además, se excluye a las personas jóvenes, ya que, aunque pueden reconocer un cambio en el ambiente, no dan testimonio de una variación en su relación con los otros, puesto que ya están completamente vinculados a la vida de la ciudad.

Las preguntas sirvieron para establecer correspondencias entre el pasado y el presente de Suba y su proceso de urbanización y se recogieron testimonios de dos generaciones, pues la diferencia entre ellas es significativa para comprender la transición de lo rural a lo urbano.

Además de estas entrevistas, también se ha hecho observación participante; el investigador, como habitante de Suba, ha sido consciente del cambio que esta ha tenido, porque ha pasado toda su vida en el mismo barrio ubicado en la UPZ Suba Centro y ha participado en procesos de reconstrucción de la memoria de los habitantes de Suba por medio de entrevistas y charlas informales con fines informativos.

La investigación también abarca recorridos alrededor de la localidad en donde se ve la transformación de los espacios. En estos recorridos se puede apreciar la diferencia entre la arquitectura de los primeros barrios en Suba y las casas coloniales hasta las nuevas construcciones, los centros comerciales y las vías que recorren la localidad.

Esta investigación también recopiló un archivo con fotografías prestadas por las personas entrevistadas y por quienes tenían conocimiento del proyecto y quisieron aportar con sus álbumes familiares.

Durante el recorrido rastreamos los comportamientos sociales que se afectan en la cotidianidad por el proceso de urbanización de Suba, la interacción y las relaciones sociales de sus primeros pobladores: el paso de una relación cercana y cordial, propia de un espacio rural, al anonimato en la ciudad; pasar de trabajar en el campo, chircales o veredas en Suba, a trabajar en las fábricas y oficinas ubicadas en el centro de la ciudad o bien empezar estudiando en algunas de las escuelas de básica primaria en Suba y continuar bien sea bachillerato o estudios universitarios en los colegios o las

universidades de la ciudad; las variaciones en las actividades de ocio y espacios libres, es decir, cambiar el paseo a los estanques, pozos o al parque central de Suba, por ir a la plaza, que ahora es solo un lugar de tránsito; el aumento de centros comerciales en la localidad ha hecho que las personas modifiquen sus rutinas de uso del tiempo libre. Estos factores hacen que la sociedad en Suba se transforme en sus maneras de sociabilidad, cotidianidad e interacción; que cambie la vida del campo por la vida de la ciudad.

La memoria colectiva como una herramienta de análisis de la semiótica urbana

La ciudad encierra muchos misterios que, para los científicos sociales, son de suma importancia para comprender cómo son sus dinámicas y funcionamiento. No todas las ciudades se comportan de la misma manera; sin embargo, muchas de ellas guardan rasgos característicos que pueden dar una pista de cómo nos comportamos en un espacio urbano. Pensar en ciudad, calles y lugares de reunión nos da una pista de dónde podemos encontrar los elementos comunes a toda la sociedad y que están presentes en las dinámicas sociales de los habitantes. Para entender este fenómeno hay que remitirse a las calles, los lugares de reunión y los barrios que componen el espacio urbano.

Suba empezó como un pueblo, luego fue un pequeño barrio y más tarde se con-

virtió en una localidad; podemos interpretar que: “En un barrio de ciudad o de un pueblo, distinguimos conjuntos de calles y plazas que viven su propia vida; varios escalones domésticos con su particular carácter, sus costumbres y sus manifestaciones” (Lefebvre, 1970, p. 195).

El barrio se torna una unidad de análisis para rastrear el comportamiento en la sociedad urbana, de manera que podamos ver cómo en las calles y en distintos espacios la sociedad se transforma y vincula con un espacio más grande, como la ciudad. En el barrio no encontramos una hegemonía del comportamiento social y unos rasgos que pueden darnos varias pistas de cómo podemos entender este comportamiento, relacionarlo con las demás ciudades y encontrar las similitudes entre distintos espacios sociales urbanos:

El barrio no interviene en la proclamación de valores dominantes. Como mucho, podemos relacionarlo con la sociabilidad espontánea y encontrar en él, en determinadas circunstancias, las causas de una efervescencia. Esto limita el barrio al nivel de las relaciones inmediatas directas, impersonales, dependientes de la psicología o de la sociología (Lefebvre, 1971, p. 200).

El barrio es, entonces, “una forma de organización concreta del espacio y del tiempo en la ciudad”. Forma cómoda e importante, pero no esencial; más coyuntural que estructural, por lo que “el barrio y la ciudad se convierten en espacios sociales organizados”; en particular, el barrio se

vuelve “una unidad sociológica relativa, subordinada, que no define la realidad social, pero que es necesaria” (Lefebvre, 1971, p. 201) para entenderla.

Para analizar el comportamiento urbano dentro de un barrio es necesario buscar señales en el lenguaje, visible y no visible, que puedan indicar cómo se ha venido dando esta transformación. Aquí se utiliza un concepto de Libardo León Guarín, llamado semiótica urbana. Esta puede emplearse para leer estos signos del lenguaje o el lenguaje mismo, de modo que nos sea posible interpretar o acercarnos a una realidad social en los barrios de la ciudad.

La semiótica urbana desea visualizar al lenguaje simbólico o significativo como un elemento de las “lecturas sociales y lecturas personales según el alcance comprensivo del significado” (León Guarín, 1992, p. 226). La población urbana maneja códigos en sus formas de expresión verbal y no verbal, que evidencian un tejido social representado en el lenguaje; las respuestas o los signos que usan se deben al entorno, pues el cerebro humano responde a olores, colores, formas, personas y sensaciones que hacen que el ser humano se comporte de diferentes formas:

[...] la población urbana maneja códigos comunes en muchos sentidos; ya que para los pobladores o para grupos de estos, determinados elementos del entorno tienden a suscitar en ellos respuestas interpretativas solo similares, sea ante colores, chistes, figuras, acciones, sonidos, espacios, edificaciones (León Guarín, 1992, p. 227).

El lenguaje en el barrio no solo se representa en las personas y sus acciones; las imágenes son parte fundamental para comprender la dinámica de la ciudad: “[...] resulta evidente que el primer significado de una ciudad surge de sus imágenes, a la que vez que éstas son consecuencia de las actividades que en ella se desarrollan” (León Guarín, 1992 p. 229). La ciudad y el barrio se presentan como un mundo de imágenes en el que nosotros actuamos. Los edificios, las plazas y las calles se convierten en escenarios públicos para desarrollar nuestro rol en la sociedad y las personas con quienes interactuamos son otros actores inmersos en esta misma realidad. De este principio parte la semiótica urbana: de leer estos signos visibles y no visibles que contiene un espacio en la ciudad, que se convierte en un libro con varios significados que el investigador debe buscar, puesto que las acciones se convierten en palabras para ser interpretadas.

Cuando se habla de semiótica urbana se establece que la urbe antigua, pre industrial, industrial o cualquier otra, también es un texto que puede ser leído o descifrado, ya que lo que en ella existe contiene significados que van más allá de la estructura (León Guarín, 1992, p. 229).

El paisaje urbano se muestra como una cantidad de imágenes que podemos procesar para interpretar un comportamiento social. El espacio, los edificios y las plazas son el resultado de una construcción en sociedad para seguir reproduciendo sus

dinámicas sociales. Lefebvre afirma que esta construcción social y temporal es visible a los ojos, pero tiene dinámicas abstractas: “¿Quién produce? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? Fuera del contexto de estas preguntas y sus respuestas, el concepto de la producción sigue siendo puramente abstracto” (Lefebvre, 1974, p. 69). Entonces, el comportamiento que se establece y se espera de los pobladores de la ciudad está de acuerdo con estos referentes semióticos a los que aluden Lefebvre y Guarín, ya que, para construir un espacio social, tiene que ser socializado previamente, “dentro de los significados singulares propios”, para lo que se necesita “hallar la legibilidad del paisaje urbano” (León Guarín, 1992, p. 230), como una construcción social hecha por medio de la historia.

A medida que crece la ciudad, los edificios y las construcciones muestran distintas etapas. El centro siempre será arquitectónicamente distinto de sus alrededores: el “viejo foco central reducido y estrecho, las fachadas dan sobre espacios públicos o zonas verdes de conjuntos cerrados, donde los presupuestos y la renta del suelo lo permiten” (León Guarín, 1992, p. 233). Estos son los rasgos característicos de las ciudades de la actualidad: espacios cerrados, edificios grandes, conjuntos cerrados, mezclados, en este caso, con la arquitectura colonial de las plazas centrales y el ideal de progreso plasmado en todas sus obras. “La elevación cada vez mayor de los edificios centrales como símbolos de progreso liberal” (León Guarín, 1992, p. 233). La ciudad en sí misma es un recorrido histórico que podemos

percibir desde la construcción de sus edificios, que, de igual forma, tienen la fuerza para poder influir en el comportamiento de sus habitantes.

Es posible asumir la ciudad como:

[...] un libro abierto que también nos conduce a la interpretación de la historia del pensamiento político y de la economía del país o de las regiones, de las relaciones internacionales y de los gustos estéticos, que nos ofrece señales para un diagnóstico de la vida social pasada o presente porque no hay ciudad sin historia pero tampoco historia sin ciudad (León Guarín, 1992, p. 236).

A medida que la ciudad crece, va construyendo su historia y el científico social puede rastrearla mediante su historia misma, la cual se encuentra en sus edificios y en el recuerdo de su gente.

León Guarín afirma:

Mucha memoria urbana y buena parte de la historia de un país, se puede leer en edificios, calles, instalaciones, constituidos en este caso en monumentos documentales de enorme valor en los estudios de testimonios acerca de las concepciones sociales, estilos de vida, calidades de vida, estado de fuerzas productoras, correlación de fuerzas políticas como si se tratara de archivos y museos vivos destinados a revelar identidades relacionadas con esta memoria (León Guarín, 1992, p. 236).

Los edificios y la apropiación que se tiene de estos pueden explicar los comportamientos de las personas; es por esto que

la memoria se convierte en un elemento importante para analizar, desde las personas, cómo ha sido este proceso y en qué ha influido.

La memoria se constituye como un elemento importante para el análisis de lo social. Las personas recuerdan, viven y sienten momentos en los que la historia está cambiando; no se puede hablar de memoria como un recuerdo de hechos traumáticos, pues también aporta a la reproducción de hechos sociales y construye un pasado colectivo frente a cualquier suceso —en este caso, un proceso de urbanización—. Hay que hacer la aclaración de que para este trabajo no se utiliza la memoria colectiva como un elemento de análisis político y reivindicativo ante un hecho particular o violento que ha dejado un trauma social, sino como un elemento que evidencia la semiótica urbana y la forma como las personas recuerdan y viven el proceso de urbanización en la ciudad. La memoria es, entonces, un mecanismo que articula lo psicológico, lo social y lo histórico, que puede dar cuenta de un proceso social y que parte de una subjetividad —como los recuerdos de cada persona— para llegar a un recuerdo colectivo que muestre un hecho social objetivo.

El análisis de la memoria permite reflexionar sobre aquellos procesos sociales, cómo estos han cambiado la realidad y cómo se la explica: “Nuestros recuerdos siguen siendo colectivos y son los demás quienes nos lo recuerdan a pesar de que se trata de hechos en los que hemos estado implicados solo nosotros y objetos que hemos visto nosotros solos” (Halbwachs,

1968). De esta manera, se puede pensar en unir lo psicológico y lo histórico para explicar un fenómeno social.

La memoria no puede considerarse un solo hecho social, psicológico o natural, ligado a lo subjetivo, es un acto de recreación del pasado en el presente, un proceso social donde el recuerdo y el olvido dinamizan el grupo social y constituyen la renovación de la historia (Portelli, 1990; Riaño, 1996, citados en Jelin, 2002).

Por lo tanto, la memoria está en nuestras convicciones, acciones y sentimientos (Todorov, 1997), los permea y hace que nuestro recuerdo se construya dentro de una colectividad de recuerdos para generar una historia y explicar un fenómeno que se ha transformado hasta la actualidad.

La transformación del espacio rural a urbano

Al hablar de la transformación del espacio rural al espacio urbano, tendremos que aproximarnos a algunos conceptos que permiten entender cómo empieza a surgir este fenómeno social y cómo el cambio de lo rural a lo urbano afecta a las distintas maneras de asociación y comportamientos de cualquier población.

En principio se pensaría que lo rural y lo urbano son conceptos totalmente distintos; sin embargo, a pesar de sus diferencias, mantienen una estrecha relación con algo más global. Lo urbano pertenece

a la ciudad, es decir, es un espacio donde se encuentra mucha población, donde el concreto es lo primordial y donde se asocia la vida de la ciudad con la individualidad, la tecnología y la globalización, mientras un espacio rural es un espacio mucho más pequeño, con poca población y donde se puede apreciar más la naturaleza, formas más sencillas y espacios más grandes para la interacción de las personas. León Guarín afirma que “como conceptos que caracterizan formas de distribución espacial, estilos de vida; no obstante lo rural y lo urbano son dos medios ubicados en zonas distintas, pero no son dos sociedades diferentes dentro de un mismo país” (1992, p. 31). Esto nos da a entender que, pese a que parezcan sociedades distintas por sus estilos de vida y las diferencias de sus espacios, son complementarios en un territorio mucho más amplio.

Lo rural y lo urbano, al complementarse y estar ligados en un espacio más amplio, se vinculan en el mismo proceso social; estas dos características son:

[...] derivadas y no autónomas, participan de los éxitos y fracasos de la organización, son la consecuencia de procesos históricos universales y seculares que, combinados con los de la historia regional, terminan diferenciándolas más en elementos específicos que en los elementos cardinales (León Guarín, 1992, p. 31).

Así, entre lo rural y lo urbano se puede establecer una relación que ha existido siempre: todo espacio urbano en algún

momento fue rural; entonces podríamos diferenciar lo urbano y lo rural por comportamientos que tipifiquen al ser humano rural y al ser humano urbano. Para ello, habría que mirar lo que llama Durkheim “maneras típicas de comportarse en uno y otro medio” (2005 p. 137). En el espacio urbano se podría hablar de que existen relaciones de tipo mucho más individual, grupos más abiertos “el predominio de las relaciones secundarias, antes que de las primarias más afectivas y propias de los grupos pequeños y cerrados o de las áreas rurales” (León Guarín, 1992, p. 33). Por esto podrían empezar a diferenciarse: “[...] a medida que se aleja uno se acerca el otro” (León Guarín, 1992, p. 33). Las formas de comportarse y de asociarse no son las mismas en ambos espacios, por lo que para el estudio del comportamiento social se consideran diferentes.

En el proceso de urbanización, cuando hay un aumento en la densidad poblacional, empiezan a cambiar las relaciones entre los individuos, aumenta el contacto físico entre los habitantes y se vuelven más cercanos, pero los contactos sociales son cada vez más distantes, ya que “a medida que crecen los asentamientos tienden a producirse diferenciaciones y especializaciones más acentuadas de roles, en oficios y zonas, ante las masas el individuo se siente anónimo y angustiado” (León Guarín, 1992, p. 44).

Una vez la población aumenta y el contacto social empieza a desaparecer, se establecen zonas que en la ciudad adquieren distintas funciones: parques, centros

¹ *Entrevista a Adulto mayor número dos.*

² *Entrevista a Adulto mayor número dos.*

comerciales, discotecas, esquinas y calles, entre otros lugares que hacen que la sociedad urbana se integre.

Las diferentes zonas de la ciudad adquieren funciones especializadas, la ciudad se asemeja a un mosaico de mundos sociales en el que el paso del uno al otro genera un cambio abrupto [...] el frecuente contacto físico, unido con una gran distancia social, acentúa el modo de ser reservado o indiferente de unos individuos hacia otros (Vargas Sierra, 1986, p. 55).

Para esto se toma como base el planteamiento de uno de los sociólogos urbanos franceses más importantes, Henri Lefebvre, quien, con su análisis desde el materialismo dialéctico, analiza la influencia del espacio en el individuo y las relaciones humanas, muestra cómo el proceso de urbanización interviene en las relaciones sociales y establece un parámetro para analizar cómo deben entenderse, desde la historia, la arquitectura y el individuo.

El panorama de la ciudad que muestra Lefebvre es el de un espacio aparentemente en desorden que guarda una dinámica de orden que debe descubrirse; la ciudad transforma sus dinámicas y, como podría verse en términos de Durkheim, los habitantes de la ciudad se vuelven más indiferentes y su mecanismo de solidaridad se vuelve más mecánico. No obstante, esto no quiere decir que la ciudad se vuelva un caos ni que caiga en un anarquismo; por el contrario, toma un orden mucho más complejo e individual. “El concepto de ciudad ya no

corresponde a un objeto social, es pues, sociológicamente un seudoconcepto [...] la realidad urbana aparece hoy más bien como un desorden —que esconde un orden por descubrir—” (Lefebvre, 1970, p. 68).

Bajo estas perspectivas, es posible encajar la manera en que los habitantes de Suba perciben y recuerdan su proceso de urbanización. Los recuerdos de las personas se encajan en edificios, lugares y transformaciones del espacio; se acuerdan de que llegaron otras personas y su grado de cercanía hacia los antiguos habitantes de Suba empieza a desaparecer. La figura del nuevo habitante en Suba se vuelve una constante que aumenta con los años y ocupa esos espacios que antes eran solo veredas.

Los vecinos de las veredas de Tibabuyes, El Rincón y La Gaitana eran muy cercanos a la vida de las demás personas, tenían relaciones basadas en el respeto, la cordialidad y el cuidado. “La relación con los vecinos era excelente, el respeto que se tenía, en esa época la gente era muy decente, hoy en día no”.¹ Muchos de los vecinos cercanos en la juventud y la niñez de estas personas conservan la relación de amistad: “Yo voy a donde un vecino y ellos ya conocen cómo fue uno y dicen: no, pues, cómo va a cambiar”.² Estas personas tienen un pasado común y una relación cercana que los unía frente a los nuevos pobladores de la localidad.

Para comprender la cotidianidad no debemos encerrarla en aquellas acciones diarias, pues abarca espacios, lugares en donde habitamos y socializamos con otros, edificios, carreteras, calles en las que todos

los seres humanos interactúan y forman parte de una esfera pública, en la cual transcurre la cotidianidad de un espacio, sea rural o urbano. La arquitectura, las formas, los olores y los colores —todo lo que implica un espacio— hacen que los humanos actúen de maneras distintas en su cotidianidad. No podemos pensar que las maneras de comportarse de una persona que vive en el campo y que, para relacionarse con otros, busca la plaza central se asemejen a las de una persona que vive en la ciudad y que piensa en encontrar otros espacios, como la calle y el centro comercial. Pero las dinámicas sociales y la misma cotidianidad se transforman.

Lefebvre piensa que en la psicología de la vida cotidiana puede entenderse y explicarse el fenómeno social urbano. Para él: “En la cotidianidad se entremezclan sistemas de signos y señales, a los que añaden símbolos que no forman sistemas. Se traducen todos en un sistema parcial y privilegiado a un tiempo: El lenguaje” (Lefebvre, 1978, p. 95). Para Lefebvre este sistema de símbolos y contenidos dentro de la dinámica social es lo que sirve para comprenderla y explicar una realidad social a partir de los actores inmersos en ella y en su cotidianidad.

Hay que buscar los lugares en donde el lenguaje está presente, aquellos espacios de socialización que se transforman generacionalmente, que van cambiando y que pueden mantenerse, en donde lo simbólico y lo gráfico actúan sobre los seres humanos:

Árboles o algunas flores, o el cielo y las nubes deslizándose sobre la ciudad. Intermediario muy privilegiado entre los sectores de lo co-

tidiano —los lugares de trabajo, la residencia, los lugares de distracción—, la calle representa en nuestra sociedad a la vida cotidiana (Lefebvre, 1971, p. 94).

Aparece la calle como un escenario de la cotidianidad de la ciudad, en la cual se entrelazan las relaciones sociales; se convierte en ese espacio en donde todos estamos, pero, al mismo tiempo, desaparecemos para los otros. Las calles, los edificios y los lugares de entretenimiento se convierten en espacios importantes para entender las dinámicas sociales de la ciudad.

En la calle se construye gran parte de las relaciones sociales de la comunidad urbana, pues encierra miles de elementos que hacen que estas relaciones se configuren de una u otra manera, aunque los transeúntes no nos demos cuenta de que somos participantes activos de este escenario social; cada uno tiene un papel importante en el que el género, la edad, el origen étnico y la clase social influyen en el comportamiento y en su rol en los espacios públicos:

En resumen, en la calle, numerosos instantes de interés traspasan la indiferencia del espectáculo permanente, en el cual cada uno deviene espectador. En la calle yo participo. Soy también el espectáculo para los demás. De buen o de mal grado, figuro en el texto social, pequeño signo familiar pero quizás irritante porque enigmático y expresivo (Lefebvre, 1971, p. 95).

La calle, entonces, es un escenario en donde todos convergemos, todos actua-

mos, encontramos un espacio para ser reconocidos a pesar de que la individualización y el sentido de indiferencia de otras personas no lo resalten así. Asimismo, la calle y sus estructuras físicas o arquitectónicas hacen que las personas interactúen en distintos espacios: no es lo mismo la calle de un barrio que la de un lugar con centros comerciales o lugares de reunión, como bares o cafés.

En palabras de Lefebvre: “La calle, el ir de compras, mirar escaparates, dramatiza las vidas individuales sin trastornarlas demasiado” (Lefebvre, 1971, p. 96). La cotidianidad, el lenguaje verbal y expresivo, los edificios conservan maneras de relacionarse en sociedad, que pueden comprenderse en este espacio donde encontramos diversas formas del comportamiento cotidiano. A diferencia de la calle de la ciudad, la de las zonas rurales es solo un lugar de tránsito en donde la cotidianidad aparece en una dinámica distinta:

La calle de pueblo, por su parte, se mantiene inmersa en la naturaleza. Lugar de tránsito para la gente y bestias que van de la casa y el establo a los campos, se somete a los ritmos del mundo, que dominan a la vida social (Lefebvre, 1971, p. 97).

En la ciudad, la calle se presenta como un conjunto de relaciones complejas. La sociedad urbana posee mayor población y modos más individuales de interacción: los individuos mantienen relaciones no solo con otros individuos, sino también con las estructuras y los edificios que con-

forman este conjunto. Por otra parte, en el campo, este espacio es menos poblado y solo es transitado, pero no existe mayor interacción entre quienes lo recorren; este espacio está mucho más conectado con la naturaleza, mientras en la ciudad se convierte en un lugar donde las prácticas sociales toman fuerza.

En la calle también se encuentran espacios en donde la gente se reúne: los bares, o los cafés. En la ciudad, el café se convierte en un espacio para relacionarse, compartir ideas y conocer personas, es decir, se convierte en un espacio importante para la socialización. Lefebvre piensa que: “El Café, es un lugar de encuentros llevados hasta la promiscuidad, da lugar a la fantasía injertada en la vida cotidiana, es también lugar del juego y del discurso por el discurso” (Lefebvre, 1971, p. 97). El café y la calle se convierten en espacios para la socialización, uno más cercano que el otro, uno mucho más visible que el otro, pero ambos responden a un todo social, al comportamiento de una sociedad urbana.

La influencia del proceso de urbanización en Suba en sus primeros habitantes

El arquitecto Luis Carlos Jiménez hizo un estudio acerca de cómo se pueden entender estos nuevos barrios. Explica que el crecimiento demográfico es bastante acelerado en Bogotá y este fenómeno es uno de los causantes de la transformación de los espacios rurales en espacios urbanos

en la ciudad: “El crecimiento poblacional acelerado se da en la periferia, siendo las áreas más dinámicas: Kennedy (161.043 habitantes), Suba (146.000 habitantes), Ciudad Bolívar-Usme (130.126 habitantes) y Cedritos (110.126 habitantes); a estos se suman ocho zonas más en periferia” (Jiménez, 2012, p. 15).

El paso de un espacio rural a un espacio urbano trae consigo la transformación del espacio físico, nuevas prácticas sociales y nuevas formas de vivir la cotidianidad. Es por esto que al empezar el proyecto urbano, Suba, igual que otras localidades de la ciudad, hace que sus habitantes transformen su cotidianidad en respuesta a los nuevos habitantes y a los nuevos espacios que se construyen donde antes existían veredas o humedales. La creación de sectores para los centros comerciales, el proyecto para masificar la vivienda en conjuntos cerrados y la adecuación de los espacios para los nuevos vecindarios, es decir, la construcción de calles y vías de acceso entre los barrios y la ciudad hacen que los primeros habitantes de Suba adapten su estilo de vida como municipio al estilo de vida de la ciudad. Su población empieza a aumentar, hasta convertirse en una de las localidades más grandes de la ciudad. Mencionábamos que, al aumentar la población, las relaciones cambiaban del tipo cercano entre los habitantes en la localidad a una individualización que convierte en invisibles a todos los transeúntes de la localidad. Con esto se pretende decir que, con el crecimiento de la población, las relaciones sociales se vuelven mucho más distantes, la cotidia-

nidad y la interacción de las personas que vivían en Suba giraban en torno a las relaciones cercanas entre vecinos y conocidos del municipio, pero, cuando empieza a crecer poblacionalmente, estas relaciones se vuelven distantes y, además, hacen que entre los primeros habitantes de Suba y los nuevos no exista ningún tipo de relación cercana hasta después de unos cuantos años de conocerse.

En cuanto a la interacción de los habitantes de la localidad, en la actualidad es un espacio en donde la individualización llega al punto en que las personas que transitan por sus calles se convierten en transeúntes invisibles para los demás. El proceso de urbanización y de convertir algunos espacios —por ejemplo, el centro, que se transformó en zona de comercio y tránsito— hace que las personas dejen de socializar en los antiguos lugares como la calle, la iglesia, el parque o la plaza de mercado; estos espacios empiezan a desaparecer o a cambiar en función de las necesidades de crear instituciones como la Alcaldía, la Policía o la Casa de la Participación, que están ubicadas en casas muy viejas alrededor de la plaza central de Suba y la antigua plaza de mercado.

La relación con los vecinos era más cercana. Las familias que se ubicaban en distintas veredas se conocían con sus vecinos y sabían de su vida familiar; los espacios públicos eran lugares para interactuar, la calle y la iglesia se convertían en una extensión más para socializar. Las familias se encontraban y charlaban, se cuidaban unas a otras, en una relación social entendida en el espacio rural en el que vivían. “La relación

³ Respuesta a la relación con los vecinos de adulta, entrevista número dos.

⁴ Respuesta de adulta, entrevista número uno.

⁵ Adulta, entrevista número dos.

con mis vecinos era muy buena, nosotros nos cuidábamos todos,³ “todas las familias nos conocíamos, uno los saludaba en el parque, los veía en la iglesia”.⁴

Las relaciones entre vecinos y vecindarios cambian por completo, las antiguas veredas de Suba empiezan a desaparecer, los espacios rurales dejan de existir para convertirse en edificios de conjuntos cerrados y casas y los lugares en donde se construían las relaciones sociales cercanas, desaparecen. El miedo y la inseguridad son mucho más constantes, debido a que llegan nuevas personas que no conocen y se vuelve un grupo más grande del que estaban acostumbradas a ver.

Llegan nuevas personas y con ellas más problemas. Yo no digo que sea culpa directamente de ellos, pero uno nunca sabe quién llega a vivir con uno y desde que empezaban a llegar las personas a Suba, los problemas de inseguridad iban en aumento.⁵

La rutina y la cotidianidad se modifican, puesto que, mediante la construcción de nuevos edificios, calles y avenidas que comunican de una manera mucho más eficiente a Suba con el resto de la ciudad, las personas programan sus actividades rutinarias —ir a trabajar o a estudiar, compras de alimentos para la semana— en distintas partes de la ciudad. Antes, este tipo de actividades se realizaba en otros espacios como las escuelas, los chircales, las veredas o los transportes que llevaban a la ciudad y las compras se hacían en las plazas o se cultivaba en las veredas; sin embargo, a raíz del crecimiento

urbano de Suba, los lugares de trabajo, de estudio y de comercio se complementaron con las demás partes de la ciudad.

Los chircales —fábricas de ladrillo— eran algunas de las pequeñas industrias que existían en algunas zonas de Suba, ubicados en la zona de los cerros. La elaboración de estos ladrillos era manual y el producto era transportado a caballo y distribuido por la localidad; en promedio, trabajaban de cuatro a seis personas por cada chircal. En estas ladrilleras solo laboraba gente de Suba y era para la producción dentro de Suba. Por otra parte, las personas buscaban, por sus propios medios, la manera de subsistir con trabajo. Un adulto mayor entrevistado, por ejemplo, hacía máscaras de papel, carros de madera y fue uno de los precursores del toreo en Suba, como medio para sostener a su familia.

Al construir nuevas y mejores vías de comunicación entre Suba y Bogotá, las personas empezaron a procurar nuevos trabajos y formas de estudio en sectores como Chapinero o el centro. Suba se convirtió en un lugar con más viviendas que fábricas o empresas, donde se puede tener un lugar para vivir a un buen costo y con fácil acceso a sus trabajos o estudios en lugares. De esta manera, la cotidianidad varía en los primeros años del proceso de urbanización. Con el paso del tiempo se crean los sectores comerciales dentro de la localidad, con lo que Suba pierde espacios como la antigua plaza de mercado o las casas ubicadas en el centro, pero aumenta el número de tiendas en los barrios y centros comerciales en distintos sectores.

Además, cuando empieza a configurarse la vida urbana para las personas adultas, muchos trabajaban en zonas cerca de la localidad: “Yo trabajé en el Club los Lagartos recogiendo bolas”.⁶ Las personas trataban de ubicar lugares cercanos de trabajo para mantener su cotidianidad en Suba; no obstante, la mayoría de personas trabajaba en el centro y Suba como proyecto de construcción de viviendas masificadas creció con el pasar de los años. Llegaban cada vez más y más personas; la interacción entre los habitantes se volvía distante y se convertía en un fenómeno social mucho más complejo.

Los espacios y actividades de ocio en Suba se vivían en distintos lugares en donde la ruralidad era mucho más fácil de percibir: juegos en los parques, los estanques en las veredas del municipio, jugar y correr en los potreros y las veredas, los recorridos en bicicleta alrededor de los humedales. Los eventos realizados en las plazas de mercado o en el parque central que reunían a toda la población como las fiestas patronales o los matrimonios, bautizos o eventos familiares a los que se invitaba a todos los habitantes de Suba. Estos espacios reflejaban las formas de vida rurales, debido a que las actividades que se realizaban en el campo y los eventos importantes como las fiestas de los municipios son rasgos característicos de la vida rural actual.

En cuanto a la vida rural en Suba, los juegos como nadar en los cultivos de flores que quedaban por el barrio La Gaitana, en donde se construían pozos de agua para que los niños pasaran sus fines de semana, son algunos de los recuerdos sobre activida-

des de ocio. Las labores familiares del campo persistían: “Yo recuerdo que mi abuelito tenía setenta ovejas y setenta chivos, entonces nosotros íbamos a ayudarlo”.⁷ Compartir con los animales en las fincas era el diario vivir de los niños de esa época.

A finales de la década del setenta e inicios de la del ochenta, luego de salir de la iglesia se almorzaba en la plaza; esta era la actividad familiar más importante de los fines de semana: las personas se reunían en ese lugar o preparaban una comida especial en sus casas.

Sin embargo, a causa del proceso de urbanización, estas costumbres se mantuvieron más o menos hasta mitad de la década del ochenta. El Disco Rojo se convirtió en un espacio de ocio que reunía a toda la población los fines de semana para realizar distintas actividades como reinados, concursos y fiestas, por lo que se configuró como un sitio que marcó la transformación de los espacios de ocio de las personas que vivían en la localidad hasta inicios de la década del noventa, cuando tal proceso alcanzó su punto más alto y se construyó el primer centro comercial en Suba Centro, llamado Subazar. Años después se construyó Centro Suba, un centro comercial mucho más grande. En la actualidad existen más de diez centros comerciales en la localidad. En la UPZ Suba Centro existen cuatro centros comerciales.

El Disco Rojo era una zona en la cual la gente de Suba socializaba y se conocía: “Yo iba a bailar a un campo de tejo llamado el Disco Rojo; eso hacían bazares cada mes. En esa época el mes era como dos meses:

⁶ *Adulto, entrevista número cuatro.*

⁷ *Adulto, entrevista número cuatro.*

⁸ *Adulto, entrevista número cuatro.*

⁹ *Adulto, entrevista número cuatro.*

¹⁰ *Esta mayoría pertenece a los adultos mayores.*

el tiempo era como más despacio”.⁸ Las fiestas que se celebraban allí reunían a toda la población de Suba; las canciones y “las Coca-Colas bailables” se volvieron una manera de relacionarse entre las personas y su recuerdo aún perdura. “Hacíamos bazares, reinados, la subida a la vara que era que se bajaba un premio con la vara, lo que pasa es que esta estaba llena de grasa”.⁹ Se reunían en promedio unas doscientas personas residentes en Suba.

Estos centros comerciales se han convertido en el lugar de reunión de gran parte de la población de Suba. Las actividades de ocio y familiares pasan de desarrollarse en el campo o en la casa a centros comerciales y otros lugares fuera de la localidad. La llegada de restaurantes, tiendas y la adecuación de las antiguas casas de Suba para negocios hacen que los espacios y las actividades de ocio se adapten a estos nuevos lugares. Las familias y las personas empiezan a concurrir a discotecas, centros comerciales y tiendas que se construyen desde la década del noventa. Esto transforma la socialización de las personas, debido a que, a medida que se edifican estos sitios, tanto la individualización como la rutina y los espacios de ocio se adaptan a la vida de la ciudad.

Por medio de la construcción de viviendas y centros comerciales en donde existían las veredas, la adecuación de las vías de comunicación de Suba con el resto de la ciudad y la transformación de los antiguas casas en edificios públicos o tiendas en el centro del municipio, las personas se adaptan a la vida de la ciudad, es decir, el espacio y la arquitectura de la ciudad empieza a in-

fluir en el comportamiento, la cotidianidad y la interacción de los habitantes de Suba. A medida que la ciudad crece, la sociedad se acomoda a este crecimiento, interioriza los comportamientos de la ciudad, se vuelve rutinario estar en ella y tanto sus primeros habitantes como los nuevos empiezan a formar la sociedad urbana en Suba.

El distanciamiento y el anonimato son unos de los primeros resultados que se ven en el proceso de urbanización moderno. Las personas se distancian cuanto más estrecho y poblado es su espacio. En el momento en que Suba se llena de casas y de personas, las relaciones sociales cercanas se deterioran. Pese a que Suba vive un rápido crecimiento, quedan algunos rastros de la sociedad rural: no todas las personas se vinculan a la vida de la ciudad, algunas de ellas siguen manteniendo el contacto cercano con los antiguos pobladores de la localidad¹⁰ y casi no se relacionan con los nuevos habitantes.

La transformación de los espacios y la vida de la ciudad han hecho de Suba un híbrido en el comportamiento social de sus habitantes, entre la vida de campo y la vida de ciudad. En muchas casas aún se encuentran pequeños huertos frente a la entrada en barrios completamente urbanizados y la vida social de las personas está enfocada en la relación con sus conocidos; los nuevos habitantes de Suba, es decir, aquellos que llegaron durante el proceso de urbanización, tienen una relación cercana, pero no del tipo personal: una relación social que se construye durante el tiempo en el que llegan estas personas a vivir en la localidad.

Referencias bibliográficas

- Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría Distrital de Planeación, Universidad Nacional de Colombia. (2008). *Caracterización localidad de Suba*. Recuperado de http://portales.sdp.gov.co/recursos/11_suba.pdf
- Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría Distrital de Planeación. (2009). *Conociendo la localidad de Suba: aspectos físicos, demográficos y socioeconómicos*. Recuperado de <http://www.sdp.gov.co/portal/page/portal/PortalSDP/ciudadania/Publicaciones%20SDP/PublicacionesSDP/11suba.pdf>
- Consejo Administrativo de Cundinamarca. (1954). *Ordenanza 7 de 1954*, “Por la cual se incorporan seis municipios al municipio de Bogotá”. Bogotá: *Gaceta municipal de Cundinamarca* No. 7694, diciembre 15 de 1954.
- Halbwachs, M. (1968). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Pressas Universitarias de Zaragoza.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Jiménez Mantilla, L. C. (2012). Crecimiento urbano. “Patrones del crecimiento en Colombia”. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Lefebvre, H. (1974). *The Production of the Space: Social Space*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Lefebvre, H. (1978). *De lo rural a lo urbano: la psicología de lo cotidiano*. Barcelona: Península.
- León Guarín, L. (1992). *La ciudad fraguada: sociología del espacio urbano*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Simmel, G. (2002). *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Quilmes: Universidad de Quilmes.
- Todorov, T. (1997). Los abusos de la memoria. En *Memoria y ciudad* (pp. 13-32). Medellín: Corporación Región.
- Vargas Sierra, G. (1986). *Comunidades urbanas*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.

